



1-25-4  
5-4



EL CORAZON  
**DE JESUS**

---

AL ALCANCE  
**DE LOS NIÑOS**  
POR EL  
Presbítero D. Ramon Barbera.



Zacatecas.  
Imprenta de «La Rosa.»  
17—Calle de los Gallos—17

---

1889



---

## El Corazon de Jesus.

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

POR EL SR. PBRO.

—D. RAMON BARBERA.—

I.

—Eres muy malo Toñito, porque no miras á Jesús.

—Y tu eres muy soplona, que todo le dices á mamá.

—Pues ya le miro, ¿ves?—Y Toñito sin dejar sus soldaditos que trataba de poner en línea alzó sus ojos rasgados á un magnífico cuadro del Salvador que adornaba la sala.

Mucho que le miras,—respondió Teresita mientras ponía un lazo á su muñeca,—un poquito y luego vuelves á jugar.

—Pues, ¿qué nos dice mamá?

—Que le miremos muchas veces, que también él nos mirará y nos querrá mucho.

—A ver si me dejas.—dijo Toñito ocupado en resolver el difícil problema de poner en pié un soldadito que no lo tenía.

Pues Jesús no te querrá.

—¿Tu lo sabes?

BARBERA 1

—Sí, que no quiere á los chicos que no miran.

—Si me quiere.

—Calla.....ay! ahora me está mirando mí, dijo Teresa con los ojos fijos en el rostro del Salvador, que la miraba dulcemente en ademán de mostrarle la llaga de una mano señalando con la otra su inflamado corazón.

Toñito que estaba al otro lado del cuadro soltó con viveza sus juguetes y miró á Jesús con un candor infantil.

—Como! si me está mirando á mí,—dijo dulcemente atraído por las miradas del Salvador que le pareció se fijaban en él.

—No, Señorito, que mira á esta parte.

—Te digo, Teresita, que me mira

Te digo, Toñito, que me mira á mí.

—Si parece que quiere hablarme y está así

—dijo Toñito inclinando su rubia cabecita y queriendo imitar con la actitud de sus manos la del Salvador.

—Cabal; pero á quien mira es á mí—dijo Teresa insistiendo en sus trece.

—A mí.

—A mí.

¡Mamá! gritó Toñito impacientado por la oposición de su hermana.

—¿Qué es eso; Teresita, os reñis?—dijo su madre apareciendo en la sala, alarmada por el altercadito de la gente menuda.

—No mamá; pero este Toñito dice que Jesús le mira á él, y me mira á mí.

Es ella mamá, que dice que no me mira, y me está mirando: sí, sí, me mira: yo lo veo.

—A mí, mamá.

—A mí,

—A los dos hijos míos, á los dos, ¡Bendito sea el Señor! qué no sabeis que Jesús todo lo vé?

—¡Justo! dijo Toñito cayendo, como suele de cirse, de su burra,—y por este debe mirar á todas partes, ¿no mamá? ¿A ver aquí.....? tambien. ¿A ver aquí? . . . tambien, y los niños se iban colocando en diferentes puntos de la sala, pareciéndoles que en todas partes á ellos se dirigian los ojos del Salvador.

—Ya veis, hijos míos, en todas partes Jesús nos mira, y nos muestra su corazón divino.

—¿Y qué es el corazón, mamá, ¿eso que enseña Jesús con el vestido rasgado?—preguntó Toñito.

—Sí, hijo mio, ¿ves que llamas de fuego salen de El?

—¡Pobre Jesús! ¡cuanto fuego! ¿y se ha quemado el vestido, no mamá?

—No, tontico, que se le rasgaron los judios. —dijo Teresa dándose tono de estar bien informada.

—Pues me pienso que se le ha quemado. ¿Verdad mamá, que se le ha quemado?

—No, hijo mio, este fuego no quema los vestidos.

—Pues ¿qué hace?

—Calienta los corazones.

—Ya,—dijo Toñito sin comprender bien lo que decía su madre, y volviéndose á Teresa, algo mas crecida, por ver si lo explicaba mejor. A la cuenta Teresa habia comprendido como su hermano, y quedó mirando á su madre esperando, tal vez, que sus ojos añadiesen algo á sus palabras.

—Venid acá, hijos míos, que vosotros no entendéis esas cosas.

Aquella dichosa madre se había sentado, y no se por que había invitado á sus hijos á que se acercasen, pues entrambos iban disparados á su regazo antes que tal dijese.

—Vamos á ver, si tuvieseis mucho frio, ¿qué haríais?

—Yo me metería en un rincón de la chimenea.—dijo Toñito.

—Yo en la cama, que está mejor,—repuso Teresita, que gustaba de lo caliente.

—¿Y si no tuvieseis cama ni chimenea?

—Yo dijo Toñito me echaria á correr, á correr, hasta estar muy calentito.

Y si no pudieses correr?

¡Oh dijeron secamente los dos niños.

—Y si despues hiciese mas frio, y toda la tierra fuese una corteza de hielo y las casas, y los vestidos y todo, todo fuese de hielo.

Los dos niños estaban con los ojos fijos en los de su madre, y como si el frío les helase los huesos, iban arrimándose mas y mas á su regazo, buscando instintivamente el suave calorcito que brota del corazón maternal.

¿Qué estais haciendo?—dijo aquella madre sonriendo con dulce satisfacción.

—Tenemos frio,—respondieron dando diente con diente.

—Pues á la chimenea ó á la cama.

—No, mamá, no, aquí acurrucaditos estamos mejor, ¿verdad Teresita?

Aquel grupo se estrechaba por momentos no sin gusto de la mamá que aprovechaba la ocasión para estrechar contra su pecho aquellos dos padacitos de su alma, como si con ella quisiera otra vez soldarlos.

—Y cómo es que estais bien aquí?

¡Toma! por qué.....porque.....es usted nuestra mamá.—dijo Teresita.

—Porque es usted nuestra mamá y nos quiere usted mucho,—añadió Toñito.

—Es decir que porque soy vuestra mamá y os quiero os arrimais á mí para estar calentitos: ¿qué cosa habrá en vuestra mamá que os caliente?

—A la cuenta habrá fuego ó una cosa así...—dijo Toñito.

—Si hijos míos, sí—dijo su madre en voz baja; hay fuego en el amor que calienta y no quema.

—Pues bien—continuó,—apartando suavemente de su pecho á sus dos hijos,—en el mundo hay muchos hombres que tienen mucho frio, muchísimo frio.

—En las manos?

—En los piés?

—No, en el corazón, que lo tienen helado y muerto. Dios os libre, hijos míos, del frío de corazón. Si algún día sintiérais que vuestro corazón se enfría, por Dios, hijos míos, por vuestra madre, arrimaos al corazón de Jesús, del cual nunca os debéis separar.

—Y nos quiere Jesús?—preguntó Toñito.

—Si os quiere? mucho, muchísimo.

—Tanto como usted mamá.

Más aún, infinitamente más,—respondió aquella madre después de un momento de reflexión, y como si su corazón hubiese hecho un penoso esfuerzo, brotó una lágrima de sus ojos.

—Entonces también nosotros le querremos muchísimo. verdad Toñito.

—Si le querremos siempre, siempre. Me deja vd. darle un beso, mamá.

—A mí también, mamá.

—Sí pero antes una oracioncita.

El cuadro pasó á las manos de la madre que lo mostró de cerca á sus hijos.

Los niños cruzaron las manos sobre su pecho y antes de besar á Jesús dijeron, siguiendo las palabras de su madre.

—«Divino Corazón de Jesús haz que te ame siempre más y más.»



II.

—Toñito! ¡Teresita! Vamos, hijos míos, que hace un sol tan hermoso y un día tan puro, que es para alabar á Dios.

—¡Jem! jem! Yo tengo sueño,—contestó Toñito llevándose entrambas manos á la cabeza en ademán de hacer lo que suelen los niños al despertar. En cuanto á Teresita ni contestó ni hizo ademán alguno, por que ni la voz de su madre ni la luz que entraba por los postigos que ésta había entreabierto, hicieron en ella la menor impresión.

—Qué sueño ni sueño!—replicó su madre; oye, oye que fiesta y algazara mueven los pajaritos en los árboles del jardín.

—¡Jem! pues Teresa no se levanta,—dijo Toñito, procurando aunque semidormido, distraer la atención de su madre por ver si con esta estratagemas se le dejaba dormir un momento más.

—¡Teresita! válgame Dios, ¡Teresa! que to-

dos los días se necesiten truenos y relámpagos para hacerte dejar la cama.....

—¡Teresita!—repitió acercándose á la cama y dándole tales cuales sacudidas,—¡gracias á Dios! ¡Jesús! y que modo de dormir tiene este ángel; pues ¿qué no oís la algazara de los pajaritos? Cómo se burlan de los niños dormilones!

—¿De veras se burlan?—dijo Toñito, poniéndose mas despejado.

—Pues no; escucha lo que están diciendo:

Por la mañanita  
brilla puro el sol,  
los niños que duermen  
no alaban á Dios.

Toñito escuchó con atención. Una golondrina desde el alero del tejado vecino lanzaba sus melodias al viento, recorriendo rápidamente todas las notas de su escala y dando á su voz inflexiones inverosímiles, mientras una banda de gorriones repartidos en los tejados y árboles adjuntos, á una respetuosa distancia de la cantatriz, acompañaban la pieza concertante con su cháchara algo áspera, aunque no ingrata al oído. Toñito iba repitiendo mentalmente el cantar de su madre y le pareció que la golondrina lo recitaba al pie de la letra.

—Y lo dicen muy claro, ¿verdad mamá? ¡vaya de pajaritos, no son poco burlones! aguarda.....otra cosa dicen, mamá, escuche V.....

Por la mañanita  
brilla puro el sol  
TERESITA duerme.....

Toñito se paró un momento, sin duda porque no entendió esta vez el lenguaje de los pajaritos; pero lo entendió su madre que acabó la estrofa diciendo: «y no alaba á Dios»

—Cabal.—¡Ji ji ji! Teresita duerme y no alaba á Dios. ¡Teresal escucha lo que te dice el pajarito; ¿es verdad que se lo dicen á ella, mamá?

—A los niños dormilones lo dice,—respondió su madre retozándole la sonrisa en los labios al ver como interpretaba Toñito el lenguaje de los pajaritos.

—Pues el pájaro ese no dice verdad,—repuso Teresa levantándose con presteza.

—Pues oye, oye como lo dice tan claro:

Por la mañanita  
brilla puro el sol,  
Teresita duerme  
y no alaba á Dios.

—Pues verás en cuanto me vista que pedrada voy á arrearle.

—¡Ji ji ji, mire V. el pajarito!  
Teresita duerme.....

—Mira Toñito, que no muelas!

—Y no alaba á Dios,—continuó Toñito con insistencia provocativa.

—¡Mamá!—gritó Teresa sin poderse ya contener.

—¡Eh!!! esas tenemos tan de mañana.—dijo su madre interviniendo.—Todavía no os habeis encomendado á Dios y andais ya á la greña? Vamos, prisa á vestiros, que donde hay disputas el diablo anda por medio.

Los niños aparecieron en la sala vestidos de pies á cabeza; pero faltaba esa última mano que saben dar las madres al tocado de sus hijos, cuando estos apenas saben vestirse por sí mismos. Uno despues de otro se acercaron las niños á la buena de su madre quien haciéndoles dar un par de medias vueltas entre sus dedos, tirando esta pieza y abrochando esta otra, les dejó vestidos, limpios y peinaditos cómo dos serafines; item mas, diciendo y haciendo les hizo encomendar á Dios, á la Virgen y al Santo Angel de su guarda.

A una lijera seña de su madre los niños se pusieron en pié delante del cuadro del Salvador, que ya conocen nuestros lectores, y cruzando los brazos sobre su pecho, empezaron esta devota oración:

"Sea para siempre conocido, alabado, bendecido, amado, servido y glorificado el divino Corazón de Jesus y el dulcísimo Corazón de María. Así sea.»

—Mire V., mamá que tiene Jesus en el Corazón,—dijo Toñito con viveza.

—¡Como! ¿habeis acabado ya?

—Es Toñito que me hace equivocar.

—A ver á ver «divino Corazón de Jesús.

«Divino Corazón de Jesús, prosiguieron entrambos, haz que te ame siempre más y más.»

«Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía.»

—¿Me quiere decir V. lo que tiene Jesús en el Corazón?—insistió Toñito que se había quedado con los ojos fijos en el cuadro.

—Sí, hijo mio, sí, qué quieres decir ¿este fuego en que se inflama? No esos sarmientitos entretejidos que tienen unas puntas que meten miedo. La corona de espinas, quiere decir, mamá,—dijo Teresita adivinando el pensamiento de su hermanito.

—¡Ah! ¿esa corona de espinas que le rodea, eh?

—Esto es; ¿no se la pusieron los judíos en la cabeza? pues ¿porqué la lleva en el Corazón?

—Por que en el Corazón la llevaba aun antes de que se la hincaran en la cabeza, hijo mio.

—¡Pobre Jesus! ¿espinas en la cabeza y espinas en el Corazón!

—Sí, hijos míos, espinas en la cabeza, y espinas en el Corazón: las de la cabeza le atormentaron durante algunas horas; pero las del Corazón le punzaron toda su vida.

—¿Aun desde pequeñito?—preguntó Teresa

—Desde pequeñito; pequeñito, aun mas

pequeño que tú, Toñito.

—¡Pobre Jesús! Cuanto debió llorar!

—Llorar no, porque Jesús era muy sufrido, pero estaba siempre un poquitico triste y nunca jugaba.

¡Qué! ¿no tenía caballo ni pelota?—Preguntó Toñito.

—No, hijo mio.

—¿Ni soldados?

—Nada, nada; la Virgen y San José eran tan pobres, que no podían comprarle ningún juguete.

—¿Porqué no se lo daban los otros niños?—dijo Teresita compadecida de que Jesús no tuviese juguetes.

—¿Piensas tú que no se los daban? El ya los tomaba; y con los ojitos bajos se sonreía dulcemente; pero como si no supiese jugar, se los devolvía dándoles las gracias con una miradita encantadora.

—Yo le hubiera dado mi pelota nueva, y mi caballo grande, y mis soldados; todo, todo,—dijo Toñito en un arranque de generosidad.

—Y el te hubiera sonreído dulcemente, y te hubiera dado una miradita tan dulce que vale mas que todo el mundo; pero no hubiera jugado con ellos.

—¿Y nunca, nunca jugaba?—preguntó Toñito teniendo por cosa increíble que un niño nunca jugase.

—Nunca, solo algunas veces se iba con los otros niños. Cerca de su casa había un her-

moso rosal, que Jesús regaba algunas veces, con una escudillita que le había dado su Madre. Al pié del rosal se sentaba Jesús con sus compañeritos, y mientras estos cogían las rosas y las depositaban en el regazo de Jesús, El sacando con mucho cuidado las espinas, te-  
gía coronas de rosas para los otros niños, guardando las espinas para sí.

—¿Y las clavaba en su corazón?—dijo Toñito.

—No, con ellas hacía una corona que ponía en su cabeza, y lo hacía sonriendo, por que la corona de espinas de su cabeza, como había de salvar á muchos hombres, estaba suavizada por el amor.

—Pero enfrente de este rosal, continuó la madre, que tenía muchas rosas al parecer sin espinas: tenían á primera vista un color muy vivo; y por esto engañaban á muchos niños, quienes cuando iban á coger aquellas rosas, lastimaban sus manos con las espinas traídas y las rosas quedaban pálidas y marchitas, llevándose las el viento como si fuesen de polvo.

—Y lo peor era que estos niños se ponían malitos, malitos, y se morían.

Cada vez que un niño se acercaba á este maldito rosal, Jesús se ponía muy triste, y si cogían de sus flores, Jesús llevaba la manó hácia su pecho como si algo le doliera allí. Era que se hincaba una espina en su corazón.

—Pobre Jesús!—dijo Teresa afligida.

—Y quiénes eran esos niños tontos?—repuso Toñito, admirado de que quisieran morirse.



—Esos niños tontos, hijos míos, son los hombres que van á coger las flores del mundo; atraídos por la perspectiva halagüeña de los placeres no sospechan que se esconden en ellas espinas traidoras; ellos cojen las flores que se marchitan y desvanecen; su pobrecita alma muere, y las espinas quedan hincadas aquí en el Corazón de Jesús,—Queréis vosotros coger de estas rosas?

—No, mamá, no,—respondieron en coro los niños,—queremos rosas del rosal de Jesús.

—Muy bien, escuchadme. Entre los niños que iban al rosal de Jesús había algunos que lo querían muchísimo. Cierta día uno de ellos viendo que Jesús daba á los otros niños coronas de rosas y El se quedaba con la de espinas, le dijo á Jesús, quiéres darme una corona como la tuya?—Jesús sin contestarle se sonrió y tejió para aquel niño otra corona de espinas, las cuales sacó disimuladamente de no sé donde. El niño al ver tanta espina y tan enormes se atemorizó y casi no la hubiera ya querido; pero Jesús le miró tan dulcemente que se la dejó poner.

—¿Y no le punzaron las espinas?—dijo Toñito.

Por de pronto le pareció que le punzaban pero luego despues sintió tanta dulzura y suavidad, que estaba mas contento con su corona de espinas que los otros niños con la de rosas. Y con razón porque aquellas espinas se habían convertido en las rosas mas bellas del ro-

sal. Desde entónces aquel niño siempre pedía corona de espinas y Jesús le decía al oido muy bajito: «estas espinas las sacas de mi corazón.»

—Pues hé aquí por qué no le punzaban,—dijo Toñito.

—Claro,—contestó Teresa,—si habian pasado ya por el Corazón de Jesús!

—Decís bien, hijos míos, cuando las espinas han pasado por el Corazón de Jesús, ¿quién no las encontrará dulces? Ya veis, pues, hijos míos,—continuó,—los pecadores han puesto esta corona en el Corazón de Jesús, ¿le pondreis vosotros nuevas espinas?

—No, mamá, nunca.

—Queréis pues rosas del rosal de Jesús?

—Rosas y espinas,—contestaron los niños.

—Si aliviáis al Corazon de Jesus una sola espinita, benditos seais una y mil veces, hijos de mi corazón.

### III.

Cansado de jugar, brincar y hacer cien mil diabluras, se le ocurrió á Toñito que encima de la cómoda había un libro muy pequeño y muy mono que su madre había dejado allí, no sin temor de que cayese en manos de Toñito, poco familiarizadas al uso de devocionarios de percalina y de hojas doradas. Arrímar una silla á la cómoda y encaramarse sobre el asiento, fué cuestión de pocos segundos.

Teresita, única que á la sazón se hallaba en la sala, hacia de la mujercita cosiendo un sayo para su muñeca, sin dejar de reñir á Toñito por cada salto y cada travesura, con esa superioridad casera que tan procazmente despunen las niñas. Al ver á Toñito sobre la silla levántase con resolución, y con el brazo y el índice tendidos hácia el cielo dice en tono mandon á su hermano:

—¡Toñito! ¿te bajas de la silla?

—Cállate tonta que quiero ver una cosa, dijo Toñito tratando de ganarse á su hermana con buenas razones.

—A bajarte al momento, que nada tienes que hacer ahí!

—Aguarda, mujer, que ya me bajaré.

—Te digo Toñito, que ahí nada tienes que hacer.

—Pues yo quiero el libro ese; dijo Toñito á media voz, sin pensar en desistir de su propósito.

—Pues no puedes tocarlo Señorito. Toñito no replicó; pero levantándose de puntillas sobre el asiento tenia ya el libro, como suele decirse, á toca y no toca.

¡Toñito!!—gritó Teresa con mayor fuerza, —¡ha visto usted desvergüenza!—¿dejas el libro?

Toñito continuaba callando y poniendo en tension todos sus músculos para alcanzar el objeto que cautivaba entonces todo su ser.

¡Toñito! que voy á decirle á mamá,—gritaba Teresita desconfiando ya de hacer entrar en razon á su hermano por su autoridad propia.

Toñito haciéndose sordo habia podido con un esfuerzo supremo rozar con la punta de los dedos el libro suspirado. ¡vano intento! el libro se habia corrido una pulgada, ya no alcanzaba siquiera á rozarlo; pero Toñito, que á la cuenta tenia la cabeza algo dura, no desistió.

—¡Mamá!—gritaba Teresita desgañitándose. Mamá estaba en los quehaceres domésticos en la parte opuesta de la casa, y no oyó ó no atendió á los gritos de Teresa. Entretanto Toñito, ¡jadeante ya, hacia todos los esfuerzos imaginables para conseguir su intento. Cansado de luchar y levantando instintivamente su pié derecho en busca de cualquier cosa para hacer incapié, halló por suerte un travesaño en el respaldo de la silla que fué abrir-

sele el cielo, y no dudó un momento en aprovecharse de la ventaja.

—¡Ay Toñito, que vas á caer! dijo su hermana asustada, pero no habia terminado la frase cuando Toñito se hallaba de pié otra vez sobre el asiento de la silla. El libro, el suspirado libro se hallaba en sus manos, aunque no sin remordimiento. Pero los deseos del niño no quedaron satisfechos, pues el mismo afan que habia desplegado para alcanzar el libro, desplegaba ahora para hallar no se que entre sus páginas.

—Esto es ya demasiado.—dijo Teresa despechada; desapareciendo de la sala y haciendo sonar enérgicamente sus tacones.—¡Mamá!—gritaba internándose en la casa.—¡Mamá!! ¡Toñito ha tomado el libro de la cómoda y lo estropea!

—La verdad era que el tal libro iba á pasarle mal en las manos de Toñito, que registraba sus hojas con ansiedad febril; operación que practicaba él á dos manos por que los momentos eran precisos. El objeto de las ansias, buscabo casi con desesperación, no parecia. Toñito, que en ciertas ocasiones era amigo de adoptar medios decisivos se preparaba para hacer saltar todo lo que hubiese entre las hojas del libro, tomándole por las alas de su encuadernación y sacudiéndole fuertemente, cuando su hermana entró otra vez en la sala diciendo en tono que no dejaba la menor duda.

—Mamá viene.

Esta fué para Toñito la señal de retirarlo;

suelta con viveza el cuerpo del delito; pero al abandonar la silla, lo hizo el cuitado con tanta precipitación y mala fortuna, que tropezó con la misma silla, haciéndola caer estrepitosamente mientras él rodaba por el suelo de paso á su caballo y dispersando por toda la sala la falange de sus soldaditos, que no esperaban sin duda tal acometida. La confusión fué espantosa. Toñito, al ver saltar de su frente algunas gotas de sangre, pensó que se moría de veras, y rompió un ruidoso llanto. Teresita, sobrecojida de terror, lloraba y chillaba y alborota como si se hubiese hundido la casa.

—Pero ¿porqué es eso?—preguntaba su madre al entrar viendo tanta confusión y ruina. —Jesus, ¡María Santísima!—exclamó al ver la sangre de Toñito; y corriendo á recogerle en sus brazos.

Quién no ha visto á una madre en algun caso semejante, no conoce cuán activo y diligente es el amor maternal, restañar la sangre, curar y vendar á su hijo, acallarle y consolarle, todo se hace á la vez, incluso el invocar á Dios y á la Virgen Santísima, que entónces va de veras.

En pocos momentos quedó Toñito vendada la frente, seca la sangre y secas las lágrimas, pero mústio y cariacontecido como si el sacudimiento de su cuerpo y el consiguiente susto hubiese postrado sus fuerzas. Daba de vez en cuando unos suspiros tan hondos que atravesaban el alma, como si estuviese previendo que cuando acabasen los suspiros comenzaría la

segunda parte, es decir el correspondiente sermón, y tal vez algo mas que de un momento á otro le habia de venir por su travesura.

Sentóse cerquita de su mamá y reclinó su cabeza descalabrada en las rodillas de esta, invocando el sueño para sí y el olvido para su madre y hermana, que empezaba á sentir en su lengua no sé que comezón de mentar la sogá en casa del ahorcado.

—¿Ves? si me hubieses creído no hubiera sucedido todo esto,—dijo Teresita.

Toñito no contestó sino con un suspiro; pero sin duda dijo para su copete: «por fin pareció aquello.»

—Hubieses pedido á mamá lo que buscabas y tal vez te lo hubiera dado, ¿verdad mamá?—continuó Teresita queriendo de todos modos entrar en materia.

—Yo buscaba aquella cruz pequeña y tan bonita de papel dorado—dijo Toñito con acento compungido.

—¿Una cruz buscabas?—replió su madre, —pues mira: Jesus te ha dado otra.

—¿A mí?—contestó Toñito con viveza.

—¿Pues á quien?

—¿Dónde está? yo no la he visto.

—Yo sí, dijo su madre con seguridad.

—¿Y es tan bonita como la de papel dorado?—preguntó Toñito abriendo tanto ojo.

—Tan bonita.....no lo sé; pues aunque pequeña, sería de mas valor si supieses llevarla.

—Enséñemela usted mamá.

—No te hé dicho que tu la tienes?

—Pues no sé,—dijo Toñito registrando todos sus bolsillos.

—Ya sé lo que quiere decir mamá,—dijo Teresita—es cuando nos duele algo, decimos que es una cruz, ¿eh mamá?

—Y así es, hija los buenos cristianos llaman cruces á sus trabajos, y dicen bien, por que cruces son por lo que pesan y por lo que valen; pero los hombres del mundo sintiendo lo que pesa su cruz y no conociendo lo que vale, la miran con tanta repugnancia, que agobiados bajo su peso no sacan de ella provecho alguno: es que no saben llevar la cruz.

—¿Cómo se hace para llevarla bien, mamá?—preguntó Toñito.

—Llevándola como Jesus llevó la suya.—¿Aquí en los hombros?

—En los hombros y en el corazón: ¿no sabeis que Jesus tiene tambien la cruz en el corazón?

—Es verdad,—dijo Teresa volviéndose al cuadro del Salvador,—mira Toñito, ¡qué cruz tan bonita hay en el Corazón de Jesus!

—Ya lo veo, parece como que sale del Corazón y que las llamas van á quemarla, ¿verdad mamá?

—Cabal; y es que la cruz significa nuestra redención, y como nuestra redención salió del Corazón de Jesus, que nos compró con el precio de su sangre.....

—¿Nos compró, mamá?—interrumpió Toñito.

—Sí nos compró para el cielo.

—Y sin el Corazón de Jesus y su sangre,

y su cruz, no hubiéramos podido ir al cielo?—preguntó Teresa.

—No: ni pueden ir los que no vuelven los ojos á la cruz y á Jesus; escuchad lo que os voy á contar. Hace muchísimos años que pasaba por un desierto una multitud de gente que se llamaban israelitas, los cuales, aunque veían que Dios para favorecerles hacía unos milagros más grandes que esta casa, sin embargo eran tan malos, que para castigarlos permitió el Señor que saliesen de todas partes unas víboras que metían miedo. Tenían los ojos centelleantes de fuego; y lo peor era que á cada mordisco mataban un hombre. El Señor Moisés, que era un santo varón que acompañaba á aquella gente, viendo tanta mortandad de hombres y mujeres, y niños, habló con Dios, y ¿sabeis lo que hizo después?

—No sé,—contestó Teresa.

—Claro,—contestó Toñito,—mataría todas las víboras

—No, hijo mio, lo que hizo fué plantar una cruz, muy alta sobre una colina con la figura de una serpiente de bronce, y desde entónces todos los que se sentían picados de las víboras, con solo mirar la cruz, quedaban curados.

—Poco les importarían despues las víboras,—dijo Toñito.

—Méenos deben importarnos los enemigos de nuestra salvación, que son los viboreznos que pretenden dar muerte a nuestra alma, si sabemos mirar la cruz. Lo veis, pues hijos